



## CAPÍTULO VIII.

Un sueño de Chucho.—Rarezas.

**C**HUCHO el Ninfo el héroe de esta historia, debe por ahora ocupar preferentemente nuestra atención, para seguirlo si no en todos los detalles de su vida, al menos en todos aquellos incidentes que sean dignos de tomarse en consideración porque influyan en la formación de su carácter y costumbres.

Las mamás, que hoy pecan de consentidoras, eran por entonces todavía manilargas, y aquello de que la letra

con sangre entra no había perdido todo su prestigio.

Chucho, merced al mimo con que se criaba, permanecía ignorantito en todo aquello que no fuera el catecismo del padre Ripalda, y Elena estaba muy contenta porque su hijo relataba *los misterios* con la rapidez de un cohete corredizo.

Por otra parte, el chico se hacía á veces insoportable, al grado de hacer llorar á Elena.

Esta recurría entonces á su paño de lágrimas: á su confesor; porque Elena según hemos dicho, era muy buena y muy devota.

El confesor de Elena era un hombre muy escrupuloso y muy tímido en el cumplimiento de sus deberes y Elena era una de sus hijas predilectas.

—Ya el niño tiene como siete años, decía el padre un día á Elena, y es in-

dispensable que vaya preparando su primera confesión.

—Mi hijo es muy inocente.

—Por lo mismo.

—Y es tan impresionable!

—Es una cualidad provechosa, porque así tendrá para él ese acto solemne, todo el prestigio que debe tener.

—¡Pobrecito! se va á resistir mucho.

—No lo creas, haremos que me conozca y yo lo atraeré.

—¿Con que lo juzga usted preciso?

—Indispensable, hija mía.

—Esperemos siquiera un año.

—Ya sabes que á los siete obliga el precepto, con que disponlo poco á poco y le haremos el paso lo más agradable que se pueda.

Elena no tuvo más que obedecer y volviendo á su casa se puso á hablar con su hijo de este importante asunto.

—¿Te quieres confesar? hijo mio, le dijo acariciándolo.

—Yo no.

—¿Por qué, mi vida?

—Porque les tengo miedo á los padres porque regañan.

—Pero el padre Juanito no te regañará, sino que te mandará juguetes, si eres buen muchacho.

—Yo no soy muchacho.

—Quiero decir, si eres un niño fino y bueno.

—Niño fino lo soy, tú me lo has dicho.

—Pero no eres bueno.

—¿Por qué?

—Porque me pegas y me haces llorar y confesándote, en lugar de hacerme llorar, me harás cariños.

—¿Y eso es ser bueno?

—Sí.

—¿Y si soy bueno que me dás?

—Todo lo que quieras.

—Pues ya soy bueno, dame dos reales.

—Todavía no, hasta que te confieses.

—¿Y como me confieso?

—Yo te lo diré. Esta noche empezaremos el exámen de conciencia.

—¿Y me das dos reales?

—Después.

—No: dos reales por el exámen y dos reales por la confesión.

—Pero si esas cosas no se pagan con dinero.

—No? pues con qué?

—Las paga Dios.

—¿De veras? pues mejor para mí; porque Dios me las paga por su lado y tu por el tuyo. Tú que no eres Dios me darás cuatro reales ó no hay exámen.

—Chucho, Chucho, que malo eres; exclamó Elena afligiéndose: de eso tambien te has de confesar.

—Adios! ¿de todo?

—De todo, si señor.

Este diágo y otros muchos del mismo género precedieron á la primera confesión de Chucho, quien cedía á todo y docilitábase á peseta por transacción.

El día en que Chucho se confesó, estaba rico.

Siguió la comunión, y ese día Chucho estuvo muy bien; su mamá le dijo que estaba muy bonito, que tenía una estrella en la frente y que los ángeles habían de bajar á tomar con él el chocolate; á cuyo efecto, la criada le enfloró el desayuno.

Chucho estuvo más contento que nunca; le pidió perdón á la criada por las patadas que le había dado varias veces, y ofreció selemnemente no volver á ser manilargo.

Después de la primera comunión, Chucho pasó á una escuela de niños, en donde los niños grandes lo bauti-

zaron el primer día con el apodo de *el Ninfo*.

Chucho á pesar de haber cumplido siete años, conservaba su aspecto dulce y delicado.

Elena bañaba á Chucho cada tercer día, y antes de vestirlo le ponía en todo el cuerpo polvo de haba aromatizado y le sujetaba todas las noches el cabello con plomos ó papelitos para que amaneciera rizado.

Chucho tenía hermosa cabellera, que hacía muy buen efecto en su frente blanca y tersa, y realzaba las ligeras tintas color de rosa de sus megillas.

Sin embargo de que Elena era un terrón de amores y era tan dulce y tan buena, solía tener sus arranques, en medio de los cuales se acordaba de que todos la acusaban de consentidora; y entonces la ira sustituía á la debilidad de carácter y descargaba en Chucho todo su furor.

Pero como quiera que estos rasgos de rigor no eran sino resultado de accidentes extraños á la educación de Chucho, sucedía que Elena azotaba á su hijo cuando menos debía castigarlo.

Esta anomalía, que por desgracia es muy frecuente, producía este efecto:

Chucho no recibió nunca un castigo, sin unir la impresión del daño recibido á la de la injusticia cometida.

Este es el camino más corto para desprestigiar á todo poder ejecutivo.

Y allí donde la razón se declara impotente y recurre á la indicación brutal, allí estaba el reproche y el desprestigio: de manera que por esta senda podría afirmarse que mientras más graves fueran las faltas que Chucho cometiera, más nulo sería el correctivo, supuesto que si este era equivalente, había de ser calificado de injusto por Chucho.

El amor había deshojado allí un heliotropo y se había quedado riendo.

Chucho entre dos existencias femeniles era acariciado doblemente.

Su mamá lo quería, le daba juguetes y lo azotaba.

Chucho descansaba de su mamá con su nana, se entretenía con ella y ella sabía divertirlo á las mil maravillas. A su nana le aprendió cuentos, versos y juegos; con su nana dormía, y con su nana despertaba.

Elena entre todas sus prendas tenía esta: Era celosa.

Tenía la virtud de los amantes tontos. Y tanto llegaba Chucho á entretenerse con la criada, que Elena lo resentía y se indisponía formalmente.

Elena se lo contaba todo á su director espiritual.

Un día le hizo esta consulta:

—Padre, tengo un escrúpulo de conciencia.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Vol. 1625 BRITNEY. 1917.

Veamos practicamente de qué manera los correctivos crueles suelen producir efectos contraproducentes.

El amor que toma en este pícaro mundo tan sinuosas sendas, que opta por las curvas y caracolea, y que se ha propuesto ir de ceca en meca haciendo diabluras; el amor, decimos, retratado en Grecia con aljaba y flecha, y en París retorciéndose el bigote y fumando; el amor tenía más que ver con Elena y Chucho de lo que á primera vista parece.

Chucho vivía entre dos amores.

Elena entre otros dos.

La criada de Elena entre otros dos.

Y Pérez también entre otros dos.

Chucho era amado por su madre y por su criada. Elena por su criada y por Pérez. Pérez amaba á Elena y á Chucho: Chucho amaba á Elena y á la criada, y la criada á su ama y á Chucho.

—¿Qué es ello, hija mía?

—Tal vez sea ridículo.

—Habla.

—Estoy celosa.

—¿De quién?

—Le diré á usted, padre; mi hijo está mejor con su nana que conmigo.

—¿Y qué hace?

—Como su nana lo entretiene y lo divierte tanto....

—Pues ahí tienes la explicación.

Elena fingió darse por satisfecha, pero estaba segura de no haber hecho más que media consulta.

La otra media le estaba dando vueltas en la conciencia.

—Mejor será observar, pensó en seguida.

Y quién sabe cuántas cosas pensó después Elena: tenía, como muchas mujeres, gran facilidad para dejarse llevar de su fantasía.

Un día Elena se levantó viendo negro: estaba indispuesta, nerviosa, biliosa, de mal humor.

Oyó reír á Chucho con la criada con la mayor frescura y naturalidad: la criada huía de Chucho que la perseguía con un fute.

Elena se lanzó furiosa sobre Chucho y sin decirle ¡agua va! le aplicó una azotaina inquisitorial.

Chucho dió una docena de *dós* de pecho, y Refugio, que así se llamaba la *nana*, impidió parte de la ejecución.

Chucho lloró con verdadero dolor: fué ésta la más fuerte de sus impresiones y el primero de sus momentos amargos, y se ocultó en un rincón donde lo sorprendió el sueño.

Chucho se acostó sollozando.

Elena quiso desplegar un rigor que le pareció de muy buen efecto, dejando á Chucho abandonado á su suerte,

y á su vez se acostó y se durmió bien pronto ufana de su ejecución de justicia.

—Ya soy fuerte, pensaba. Ya es necesario un poco de rigor con este niño, que de otro modo acabaría por dominarme. Ya no me echarán en cara que lo consiento y lo malcrío; que duerma solo para que no se le olvide; durmamos.

Y Elena lo hizo como lo dijo, se durmió.

Veamos lo que entre tanto pasaba en el interior de Chucho.

Como hemos dicho sollozaba y aun le escocía el ardor de los azotes.

La sangre había afluido al lugar del castigo, los tejidos se habían inyectado y se estaban produciendo todos los fenómenos fisiológicos de la flagelación.

Chucho encontraba cierto consuelo

triste en sus propios sollozos, y poco á poco su dolor físico y su dolor moral se iban modificando en la irradiación de ondas luminosas que esmaltaban su sueño.

El dolor físico iba tomando nueva forma y ya más sentía calor que dolor.

La cesación de dolor es el punto donde empieza el placer: cuando una punzada va á terminar recibimos un aviso placentero que abrevia el padecimiento.

Chucho sentía que ya se iba á acabar el dolor, y probaba la entrada al bienestar, y este momento era de tal manera grato en la inmovilidad, que Chucho procuraba volver á probarlo moviéndose en sentido de hacerse daño nuevamente para volver á sentir el acabamiento.

En la mente de Chucho había una

cosa en primer término, á pesar de todo y sobre todo: la imaginación del niño se había avivado y los objetos que se presentaban en el campo de su fantasía se dibujaban con una lucidez inusitada: el mismo Chucho hallaba placer en sus visiones, las acariciaba como un poeta acaricia sus primeras inspiraciones.

Chucho iba entrando física y moralmente á un bienestar desconocido, al campo vírgen de elucubraciones peregrinas: era una región poblada de luces, de deslumbramientos, de intuiciones y de deleites de un género enteramente desconocido.

La excitación nerviosa, el sacudimiento de toda la máquina, la impresión dolorosa, el equilibrio de la circulación con sus fenómenos congestivos por afluencia y depresivos con el efecto del síncope, estaban produciendo aquella revolución.




En medio de aquella región, en la que el niño entró por la puerta de las lágrimas; se destacaba una imágen: Refugio.

Refugio adquirió la brillantez de todo el panorama; se enaltecía.

Refugio tenía en aquel mundo más amor, más caricias, más consuelos; Refugio se le aparecía enternecida, amorosa, buena, como la paz, como la compensación.

.....

Así se durmió Chucho.



## CAPÍTULO IX.

Un negocio grave en la casa de Don Pedro María.

EL 25 de Setiembre la casa de Don Pedro María presentaba distinto aspecto que la noche del 24.

El placer había dejado su huella por todas partes, y reinaba el desorden como en un campo de batalla, y no obstante, aquel desorden era atractivo porque avivaba los recuerdos placenteros de la noche del baile.

La vigilia había marchitado las rosas juveniles; Mercedes y Angelita estaban desveladas, habían reñido con él